

PANORAMA CRÍTICO

La revista *Maguaré* me ha invitado a escribir una reflexión sobre los textos “Teoría arqueológica en América del Sur: textos, pretextos y contextos” de Mario Consens, “El vuelo de Hermes: una crítica a la posmodernidad en arqueología desde los Andes” de Miguel Aguilar y Henry Tantaleán, y “Periferia y Marginalidad en la construcción arqueológica: las sociedades prehispánicas tardías de las estribaciones orientales de las Cumbres Calchaquíes (noroeste de Argentina)” de Mariano Corbalán, publicados en este número. Escribirla fue un placer, pues en los tres artículos encontré ideas interesantes y provocadoras, además de un diagnóstico importante de las principales limitaciones de eso que eventualmente se llamaría “arqueología suramericana” (o latinoamericana), cuya existencia misma podría ser puesta en duda en cuanto a una forma concreta de hacer arqueología, pero que sin duda en los últimos años se ha convertido en un lugar de reflexión política y académica que al menos le da existencia como problema abstracto. No obstante, preferí dejar por fuera el artículo de “Periferia y marginalidad”, debido a que trata un tema diferente a los otros dos. El texto de Corbalán, en efecto, no es una reflexión teórica, sino la aplicación de propuestas a un caso concreto de la arqueología argentina. Dejarlo por fuera, entonces, no es ni mucho menos un juicio sobre el valor del texto.

Para empezar debo decir que el artículo de Mario Consens y el de Miguel Aguilar y Henry Tantalén tienen un lugar de partida semejante —no idéntico— pero terminan proponiendo ideas muy diferentes. Ambos son una reacción contra el posmodernismo. El texto de Aguilar y Tantaleán se queja de que el posmodernismo se ha tomado en América Latina conforme al mismo patrón que implicó la adopción del historicismo cultural y la arqueología procesual: como una moda impuesta desde afuera, particularmente desde los Estados Unidos, que aunque no es tan homogénea como las anteriores modas, simboliza el consumismo de teorías perniciosas para construir una tradición científica propia basada en el materialismo histórico y comprometida con nuestra realidad. Los autores reivindican la importancia del conocimiento objetivo, así como la materialidad de los hechos sociales que las diferentes corrientes posmodernas pusieron en tela de juicio.

Asimismo argumentan que el conocimiento arqueológico depende del método y que la praxis representa la justa medida del éxito de sociedades tanto del pasado como del presente. A partir de esas ideas reinstauran la importancia del materialismo histórico, no como un dogma, sino como una vía legítima de exploración del pasado que tenga un real contenido y compromiso político. El deber de la arqueología consiste en conocer la realidad latinoamericana y para ello el materialismo histórico ofrece la mejor herramienta.

El materialismo histórico, proponen los autores, no es una teoría ni una filosofía, sino una práctica históricamente justificada, la cual estudia las contradicciones de las sociedades del pasado y comprueba que la historia de la humanidad es la historia de la lucha de clases. No obstante, a renglón seguido afirman que mediante la arqueología se puede demostrar la existencia de sociedades americanas sin contradicciones sociales, económicas y políticas que permiten pensar en que ese tipo de igualdad es posible en el futuro. En este sentido, los autores insisten en que el pasado no sea pasado sino que sea presente, ojalá a partir de las teorías que provengan de las clases oprimidas y del ejemplo que puedan ofrecer las antiguas culturas del continente.

La reacción de Consens contra el posmodernismo es diferente. Aunque también parte de lamentar algunos de sus efectos más negativos, en realidad Consens se pregunta en términos más generales qué es teoría arqueológica y, en particular, qué se debe responder a esa pregunta en el contexto de la práctica suramericana. El tema es complicado ante la dificultad de definir exactamente qué es teoría, diferente por supuesto de la simple evaluación de modelos que en lugar de generar teoría producen descripciones. El autor enfatiza más bien en la necesidad de establecer condiciones de producción de teoría en lugar de defender arbitrariamente y de forma abstracta alguna opción. Su propósito consiste en llamar la atención sobre la necesidad de generar formas de evaluación consensuada que recupere la realidad material de los yacimientos arqueológicos y que impida que esta se evapore en el texto.

En ese sentido, la situación en Suramérica parecería decepcionante: la mayor parte de lo que se llama producción teórica en esta parte del mundo corresponde o bien a críticas, o a predicciones, o a una simple historiografía; detrás de todo esto el autor identifica por lo

menos dos puntos en común: la enorme dificultad de relacionar discusiones teóricas con la investigación empírica y el diálogo del silencio impuesto por malas prácticas académicas. La ausencia, o por lo menos la escasez, de un genuino debate debería remediarse haciendo un llamado a la necesidad de la coherencia, a la verificabilidad y, en últimas, a hacer empírica la dialéctica para que no termine en un exiguo debate ideologizado, una dialéctica que por supuesto no desconozca el contexto en el cual se genera el conocimiento, que renuncie a las formas de opresión latentes de las ideologías totalizadoras y que evite reducir el estudio del pasado a lo que podríamos llamar un “acto de lectura”, mediado por los mezquinos intereses de colegas, que inmersos en su juego de poder en lugar de construir sobre lo que hacen los demás, silencian.

Como se puede apreciar, el punto de partida en el que los autores son solidarios se bifurca en argumentaciones completamente divergentes, ambos textos, sin embargo, rescatan la importancia de la materialidad del registro arqueológico y la interpretación como algo más que lectura arbitraria de tal registro. Debo admitir que simpatizo con el punto de partida, aunque también sea necesario matizarlo, al menos un poco. Ciertamente gran parte de la producción posmoderna ha dejado un amargo sabor. Textos incomprensibles, muchas veces crípticos, con frecuencia han permitido que algunos privilegiados autores participen de frondosas redes de poder que refuerzan la situación colonial que ellos mismos pretenden desmontar, pero de poco han servido. Basta con repasar la bibliografía de los textos posmodernos para advertir la subordinación de la producción local en beneficio de la inserción en el mercado de ideas que las revistas internacionales favorecen explícitamente. Gran parte de la producción académica posmoderna se ha apartado del análisis juicioso de la producción que se hace en Latinoamérica. Sin embargo, se debe anotar que las corrientes reflexivas de los últimos años en todo el mundo han obligado a replantear la forma como se hace arqueología, la manera como los arqueólogos se relacionan con las comunidades y con la política. Es justo al menos hacer ese reconocimiento.

Además cabe preguntarse si la crítica al posmodernismo como pensamiento foráneo es justa o no. Primero, porque han sido muchos los intelectuales europeos y norteamericanos que han cuestionado

algunos de los más dudosos productos de las escuelas posmodernas y, segundo, porque creo que es hora de que en Latinoamérica dejemos de calificar las ideas extranjeras como artificialmente impuestas y nos preguntemos con toda seriedad por las condiciones locales que aceptan esas ideas, teniendo en cuenta que se adaptan y transforman según sus propias condiciones, las cuales no podemos ignorar.

Ahora bien, personalmente, ideológicamente si se quiere, el autor de estas líneas simpatiza más con la postura de Miguel Aguilar y Henry Tantaleán, aunque paradójicamente el llamado a hacer una arqueología basada en el materialismo histórico no ha podido expresar toda su fuerza precisamente por no tener en cuenta algunas de las ideas propuestas por Consens. Me explico. No creo que el problema de la arqueología latinoamericana consista en la falta de ética de la que se queja el colega uruguayo: no creo, en otras palabras, que ese sea un mal particular de la arqueología latinoamericana, sino que es universal y, por lo tanto, pone en evidencia que la producción de conocimiento sobre el pasado está inmerso en relaciones de poder de las cuales difícilmente se puede librar. A muchos nos ha tocado convivir con burocratas-arqueólogos empeñados de mil maneras de que propuestas de buena calidad académica no puedan ser realizadas, o publicadas. Y no pretendo defender a esos personajes que escondidos detrás de sus escritorios abusan de su pequeño poder para destruir cuanto se pueda hacer en lugar de construir efectivamente, y reparten proyectos y puestos a sus amigos o los amigos de sus parientes para cerrar deliberadamente las puertas a investigadores que simplemente perciben —en la mayoría de los casos correctamente— como un peligro. Más bien pienso que esos personajes no son lo suficientemente importantes para cambiar las cosas. Efectivamente hay colegas que en sus trabajos no referencian a otros, o que los tergiversan de forma sistemática, pero no se trata de una situación exclusivamente latinoamericana, ni es claro que afecte demasiado el trabajo de aquellos investigadores que fácilmente superan esas situaciones ante el ojo del buen crítico. Es más, me aterra la implementación de los códigos de ética por los que aboga el autor, pues los vería como un ejemplo más de esas estrategias totalizadoras que tan acertadamente critica. Sin duda, los mismos funcionarios o colegas de los que el autor se queja serían quienes conformarían tales comités en nombre de una nueva inquisición.

Tampoco creo que sea posible, o incluso deseable, la idea de imponer criterios de conmensurabilidad, o que el reto a seguir sea el de establecer unos mínimos comunes de cientificidad, como lo pretendió la Escuela de Viena, para recuperar el carácter científico de nuestra disciplina. Y no porque no existan criterios mínimos de calidad: la arqueología mala es siempre distinguible de la arqueología buena (pese a todo), sino porque las principales diferencias entre formas de hacer arqueología se basan en preceptos ideológicos diferentes y, por lo tanto, inconmensurables. No me refiero por supuesto a las dicotomías (más que artificiales) que se consideran diferencias teóricas: la aplicación de métodos cualitativos versus cuantitativos, la importancia del comportamiento social versus la agencia individual, y muchas otras que en el fondo son falsas dicotomías producidas artificiosamente por el embrujo de los pseudoproblemas, que nos han hecho aparecer como si fuéramos las diferencias importantes entre maneras de hacer arqueología. Me refiero más bien a diferentes formas de ver el mundo entre las cuales no hay, ni habrá, consensos o criterios en común porque responden fundamentalmente a diferencias ideológicas que en últimas son irreconciliables.

Pese a lo anterior, el argumento central del texto de Consens es importante porque alerta sobre algunos de los problemas generales de la discusión teórica que son aplicables a la forma como se ha usado (injustamente) el materialismo histórico. Quiero elaborar ese argumento, partiendo de la base de que la arqueología que a mi juicio ha logrado aportar más al entendimiento del pasado siempre tiene alguna influencia del materialismo histórico, y no solo en Latinoamérica, sino en el mundo entero. El materialismo histórico brinda las herramientas más poderosas para entender la realidad, tanto del pasado como del presente, pero tiene entre sus principales enemigos algunos de sus más ardientes defensores (un problema que Marx, por cierto, no dejó de señalar). No me refiero a los Estados donde el marxismo ha sido la ideología oficial, donde la arqueología con frecuencia no dejó de ser un discurso hueco que con solo terminología conveniente ocultaba la forma estereotipada de hacer arqueología o donde los poderosos del partido dictaban cómo se debía regir la práctica. No a esos Estados, como la Unión Soviética de Stalin, donde los caprichos del líder se tomaban como verdades inmejorables que solo podían ser repetidas y alabadas por áulicos entre los cuales se destacaron,

por desgracia, muchos de los intelectuales latinoamericanos. Me refiero a la necesidad de tomar el materialismo histórico como algo más que una envoltura políticamente apropiada, por más hermosa que pueda parecer, y la necesidad de que esa opción se traduzca en hechos concretos.

El materialismo histórico, por supuesto, es tan foráneo como la arqueología procesual o las corrientes posmodernistas. Sus principios son tomados de afuera, específicamente de Europa y eso no la invalida en lo más mínimo. Como cualquier ideología, y para el caso da lo mismo que sea una “moda” —como las denominan Aguilar y Tantaleán—, el materialismo histórico ha sido incorporado de forma particular dependiendo de los contextos históricos de cada nación, y las ideas de Marx no son una excepción. En Cuba, México, Perú o Venezuela, para citar ejemplos donde el materialismo histórico ha sido relativamente fuerte, de todas maneras hay matices locales nada despreciables. En Cuba, donde la ideología de Estado se supone marxista, se ha intentado construir una arqueología marxista, la cual fue únicamente retórica, que ocultaba trabajos histórico-culturales tradicionales. Esto aunque en los últimos años se ha producido una excelente arqueología que recoge en buena parte las corrientes producidas en otras latitudes, incluyendo a los vecinos del norte. En México hay una variedad enorme de materialismos históricos, pero no muchos han superado la fase de crítica a las arqueologías posprocesuales para producir un cuerpo sólido y coherente, propiamente marxista, del estudio del pasado. Por desgracia los más importantes textos teóricos están en manos de mexicanos, pero con frecuencia las mejores explicaciones concretas sobre el pasado mexicano siguen estando en manos de extranjeros. En Venezuela, una sólida tradición investigativa ha producido algunos de los mejores trabajos materialistas, pero muchos de estos no han logrado despojarse de conceptos anclados en la arqueología tradicional o en el determinismo ambiental. En Perú, se ha producido alguna mejor teoría, pero a la hora de interpretar los sitios y los cambios sociales en el pasado, los resultados son sorprendentemente similares a los que han producido otras arqueologías. No en vano todavía recordamos con sorpresa cómo algunos de los mejores pensadores marxistas del Perú de los años setenta del siglo xx no encontraban suficientes elogios para una arqueología colombiana basada en la propuesta histórico-cultural de los años cincuenta y que eran ya completamente reevaluados.

Pero además se debe destacar la particularidad de Colombia: difícilmente se puede hablar en este país de una arqueología basada en el materialismo histórico; o bien sus practicantes no publican o lo hacen de una forma tan sutilmente marxista que apenas si se puede identificar como tal. Esto, por supuesto, cuando no se trata simplemente de hacer arqueología como de costumbre pero disfrazada de una terminología “marxista”, que en el fondo no es más, insisto, que un ropaje convincente de una forma novedosa de comprender el pasado o relacionarse con el presente.

Me atrevería a afirmar que en América Latina las condiciones históricas simplemente no han favorecido una arqueología que logre articular el materialismo histórico con el estudio concreto de las sociedades del pasado prehispánico. En gran medida esto tiene que ver con el predominio de ideas profundamente conservadoras: por ejemplo, el provincianismo, es decir, asumir que lo que viene de afuera es siempre malo y que se necesita un pensamiento autóctono, único, unívoco, válido para entender situaciones tan variadas como las nuestras. Esto puede ser lo que está detrás de encontrar en el pasado indígena un modo de vida ejemplar y más que eso una lección moral del pasado, lo cual para Marx sería una verdadera atrocidad romántica. La posición histórica de Marx con respecto a la caducidad del pasado no encuentra mejor exponente que en su obra con respecto a la invasión británica de la India. Aplicado a América equivale a afirmar que la dialéctica de la historia se aceleró con la conquista española y que el Nuevo Mundo se construyó sobre las ruinas del pasado, restos que jamás volverán excepto en la mente del idealista y del romántico.

El sentido en el que reivindico el artículo de Consens, aunque simpatice ideológicamente con Aguilar y Tantaleán, es el de la necesidad de la autocritica. Un ejemplo concreto es la producción académica internacional. Para el marxismo, ha sido terriblemente perjudicial rechazar corrientes modernas de la arqueología con el simple argumento de que son “burguesas” o gringas. Y no es que las corrientes no se puedan rechazar por razones ideológicas, sino que antes de hacerlo deben ser cuidadosamente examinadas, como por ejemplo lo hicieron algunos arqueólogos marxistas con respecto a ciertos principios de la arqueología procesual. Definir como foránea una corriente no es la mejor manera de criticarla (aunque es fácil), entre otras cosas porque

con esa clase de argumentos al marxismo le iría muy mal. Precisamente los conservadores latinoamericanos del siglo xx recurrieron a la aversión a lo foráneo para rechazar el marxismo.

En contravía, sospecho que es más útil el continuo ejercicio de la crítica razonada sobre nuestra propia producción latinoamericana. Por supuesto, no se puede negar el colonialismo intelectual, pero quizá sea más útil señalar las condiciones internas que permitan que dicha crítica se imponga. Basta poner sobre el tapete dos artículos escritos sobre el pasado prehispánico de Colombia publicados recientemente en el *Handbook of South American Archaeology* —a propósito, de muy buena calidad—, editado por Helaine Silverman. Uno de estos, escrito por un norteamericano, se basa en un amplio reconocimiento de la bibliografía producida por colombianos; el otro artículo, escrito por un colombiano, ignora por completo las investigaciones en el país en los últimos quince años, excepto, naturalmente, lo que él mismo como individuo ha producido. Y se pueden dar otros ejemplos de colonización en los cuales, como afirman correctamente Aguilar y Tantaleán, las teorías y los modelos que se citan son siempre foráneos mientras la arqueología local se limita a proveer “información” que los valida. Pero independientemente de todo esto, definir una arqueología latinoamericana que se construya exclusivamente a partir de la reflexión sobre sí misma no conducirá a nada demasiado productivo: la construcción de las tendencias latinoamericanas será relativa respecto de lo que se conozca que se hace en el mundo, y en ese sentido será siempre importante que cada uno de nosotros seleccione con buenos argumentos lo más valioso y rechace lo más mediocre, o lo más tendencioso, sin distingo de la nación donde cada conocimiento se produce. De otra manera tendríamos que volver a la época en la cual debíamos “explicar” y casi “excusar” a Marx por ser judío alemán, a Engels por ser empresario y a Morgan por ser norteamericano. Y para superar el tema deberíamos recordar la respuesta de Engels a los europeos que rechazaban las propuestas de Morgan porque era gringo.

Otra limitación enorme que ha tenido la mala aplicación del materialismo histórico se refiere a la inutilidad de agregar nada nuevo al dogma. Cuando se asume que se posee una manera perfecta, incluso imperfectible, de ver el mundo, en otras palabras un conocimiento acabado ante el cual nada de lo que se diga o suceda hará posible la

dialéctica del conocimiento. Aguilar y Tantaleán son conscientes del problema y lo plantean explícitamente, pero eso no exime los errores del pasado. El marxismo, entre sus practicantes más rudimentarios, se ha limitado a la repetición de lo ya aceptado de antemano, a la impostura de terminologías, preceptos y prejuicios que difícilmente se pueden contrastar con la investigación del arqueólogo en campo. Todo lo anterior ha limitado enormemente el potencial del materialismo histórico y le ha hecho un pobre servicio a la arqueología. Y es, por supuesto, una situación que riñe con las ideas más elementales de Marx. Para hacer arqueología marxista parecería que tendríamos que disentir primero y antes que nada con mucho del daño causado por quienes debieran ser sus aliados naturales. El marxismo, en las condiciones en que se ha desarrollado en Suramérica, es con frecuencia chauvinista y decididamente parroquiano. Entre otras cosas porque encaja en propuestas neonacionalistas más que en revoluciones proletarias. Un marxismo que está dispuesto a sacrificar la investigación sería por la consigna y es tan peligroso, como las mismas ideas procesuales o posmodernas que en buena hora han mostrado su inutilidad.

El marxismo tiene la obligación de mostrar su eficacia en su propia praxis. En una praxis que exige dar cuenta satisfactoriamente del pasado y al mismo tiempo mantener su posición de compromiso serio con el presente. En ambos casos, la propuesta de Consens de fortalecer en Latinoamérica las condiciones bajo las cuales se construye conocimiento sobre el pasado, y, especialmente, las formas de debate, es esencial. Para ello es necesario pensar y escribir textos como los que en este número publica *Maguaré*, pero no se puede olvidar el entorno institucional, pues sigue siendo fundamental la oferta de más programas de posgrado y de mejor calidad, la publicación de revistas de alta calidad en el área, el intercambio de nuestros estudiantes a programas foráneos, ojalá de diversos países y corrientes. Y lo más importante, porque persiste la necesidad de aterrizar el debate en el trabajo concreto, algo que ambos artículos reconocen y enfatizan.

CARL HENRIK LANGEBAEK RUEDA
Decano de la Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de los Andes, Colombia
clangeba@uniandes.edu.co